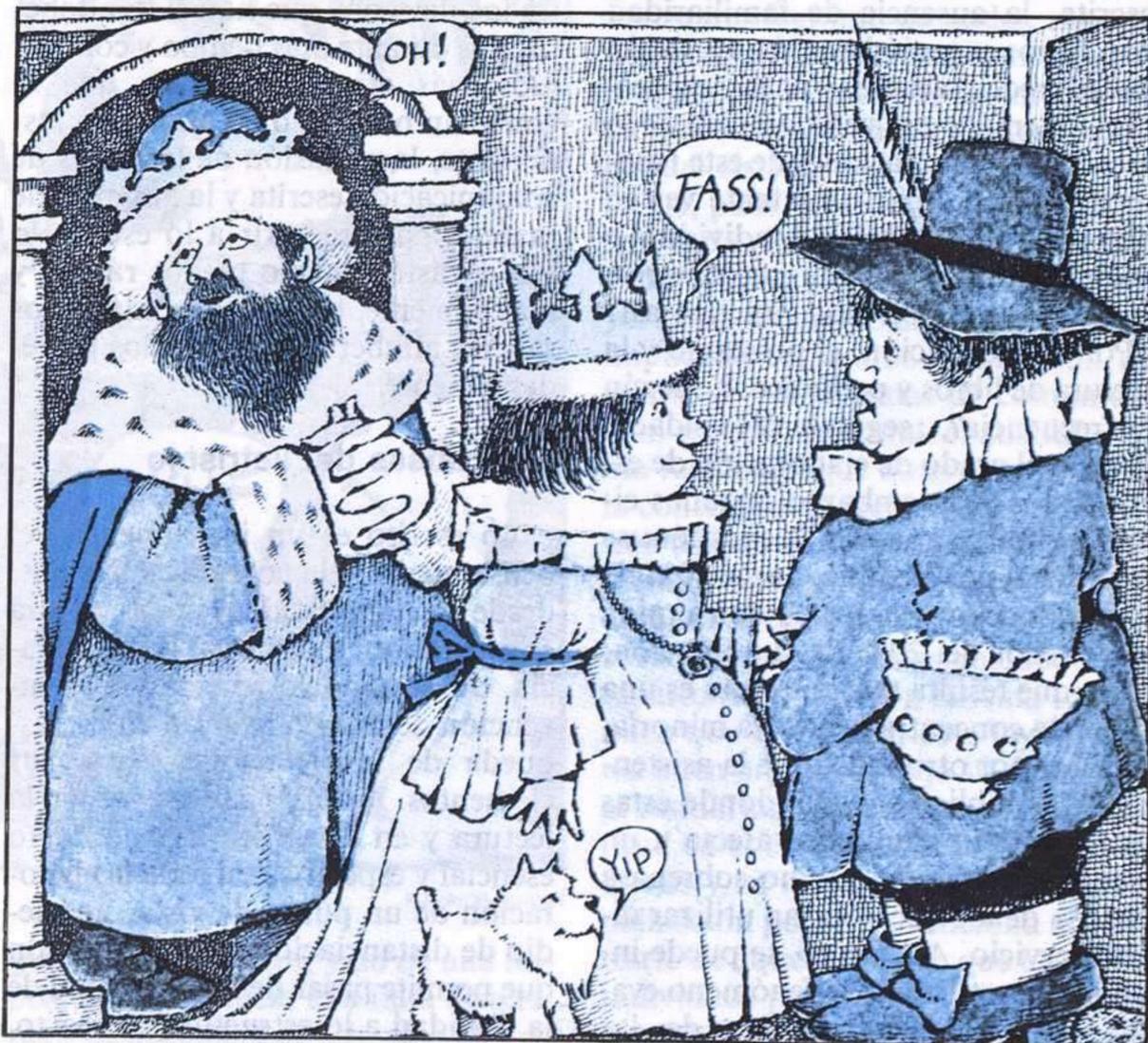


El iletrismo: realidad, causas y remedios

por Jean Foucambert

Los diferentes aspectos de la crisis que conocen todos los países industrializados, y que entre otros aspectos se manifiestan en el paro, debido al desajuste entre el resultado de la formación y las nuevas exigencias del trabajo relativas a las mutaciones tecnológicas y a un cierto deterioro de la vida democrática, incitan a buscar soluciones dentro de una política más dinámica de la educación inicial y permanente. Pero ésta se estrella regularmente, a pesar de un siglo de escolarización creciente, ante la insuficiente práctica de lectura, tanto de los niños como de los adultos. Suele abordarse la cuestión empleando tres términos que, indistintamente, sin embargo, encubren realidades diferentes:

- el analfabetismo indica la imposibilidad de comprender o de producir un mensaje escrito simple, que trate de cuestiones concretas tomadas de la vida cotidiana: se produce por una ausencia del dominio del sistema de correspondencia entre grafemas y fonemas. El analfabetismo deriva de



MAURICE SENDAK

una ausencia de alfabetización, muy rara en nuestros países, o por dificultades reales de aprendizaje que conciernen sólo a menos del 2% de los individuos, proporción aparentemente estable o en ligero descenso desde principios de siglo;

- el analfabetismo funcional hace referencia a la misma imposibilidad, pero afecta a personas que han sido escolarizadas durante varios años y que han dominado estas técnicas en un momento dado de sus vidas: si han perdido su uso es por ausencia de demanda y falta de ejercicio. Según las encuestas y los países, este analfabetismo funcional (también llamado de rechazo) atañe al 25% de la población de los países industrializados y va en aumento constante. Algunas estimaciones constatan, en los Estados Unidos, un aumento de cerca de un millón y medio de personas por año;
- el iletrismo caracteriza el alejamiento de los sistemas de la comunicación escrita, la ausencia de familiaridad con libros y periódicos, la exclusión de las preocupaciones y de las respuestas contenidas en la elaboración de lo escrito. Las estimaciones de este fenómeno varían según se intente ver en ello una responsabilidad individual o social. Pero, ¿mediante qué criterios se puede describir una práctica así? ¿Por la adquisición, el préstamo y la lectura de libros y periódicos?, ¿según la frecuencia?, ¿según la diversidad?, ¿según el grado de elaboración de estos textos? Sin embargo, algunas cifras permiten abordar la cuestión: se considera, por ejemplo, que el 80% de la producción escrita es consumida por menos del 20% de la población, de lo que resulta que la lectura es una práctica concentrada en una minoría; se sabe, por otro lado, que la asistencia a las bibliotecas, allí donde éstas están bien implantadas, afecta a un «público natural» que no sobrepasa el 15% de los que podrían utilizar dicho servicio. Asimismo, se puede intentar cuantificar este fenómeno evaluando la calidad técnica de las

estrategias de lectura, sabiendo que por debajo de un cierto nivel el recurso a lo escrito es tan laborioso, lento e infructuoso que se limita a la estricta necesidad, cada vez más reducida por el crecimiento de otros medios de comunicación. Según estos criterios de eficacia, se puede considerar que del 60 al 70% de los individuos no tienen necesidad de recurrir voluntariamente a lo escrito para distraerse o informarse, y que, de hecho, ya están en situación parcial de iletrismo.

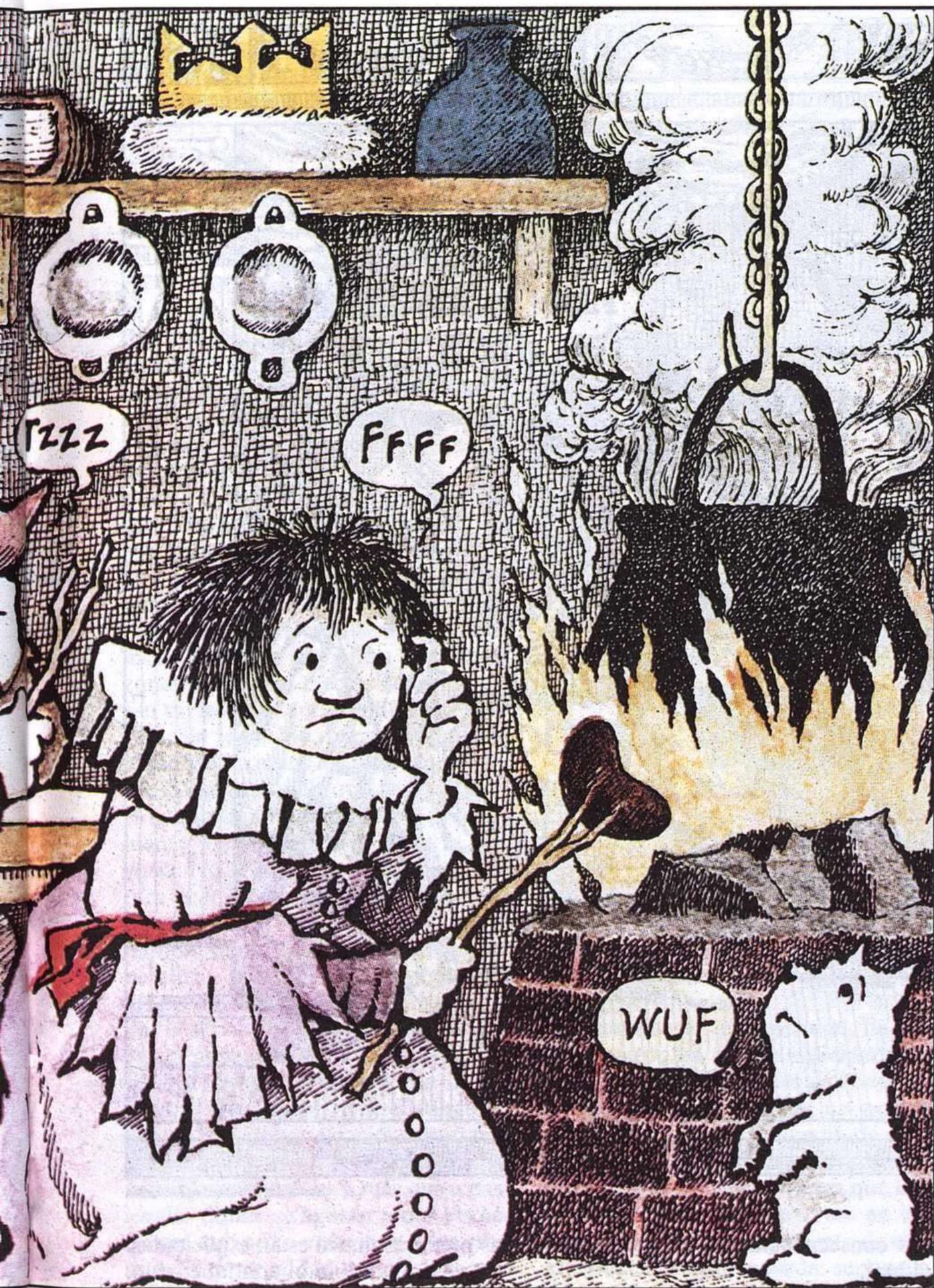
En resumen, dentro de las sociedades industriales, el iletrismo no tiene nada que ver con una mayor o menor alfabetización, que es efectiva para un 95 o 98% de la población, sino que encuentra sus causas en los parcelamientos, los estatus y las relaciones sociales comunes en todos estos países. Por el contrario, sí es cierto que el analfabeto funcional es consecuencia directa del iletrismo: los nuevos analfabetos se reclutan por fuerza entre los iletrados que han sido alfabetizados durante más tiempo y con medios más eficaces que los que se conocían hace 30 ó 60 años. Es, justamente, la exclusión de las redes de comunicación escrita y la ausencia de razones para recurrir a lo escrito lo que arrastra, más o menos rápida y masivamente, hacia la pérdida de los saberes alfabéticos adquiridos precedentemente.

Las causas del iletrismo

Lo escrito es un instrumento del pensamiento y la comunicación que, desde su materialidad, conduce a la construcción, a partir de la experiencia, de un modelo teórico y a la invención de una coherencia en la búsqueda de las relaciones entre sus elementos. Recurrir a lo escrito, en la lectura y en la escritura, es un acto esencial y específico en toda la elaboración de un punto de vista, un medio de distanciamiento y de teorización que permite pasar de lo coyuntural de la oralidad a lo estructural del texto.



Todo individuo en actitud de situarse activamente en el mundo, se ve obligado a poner en práctica esta forma



MAURICE SENDAK

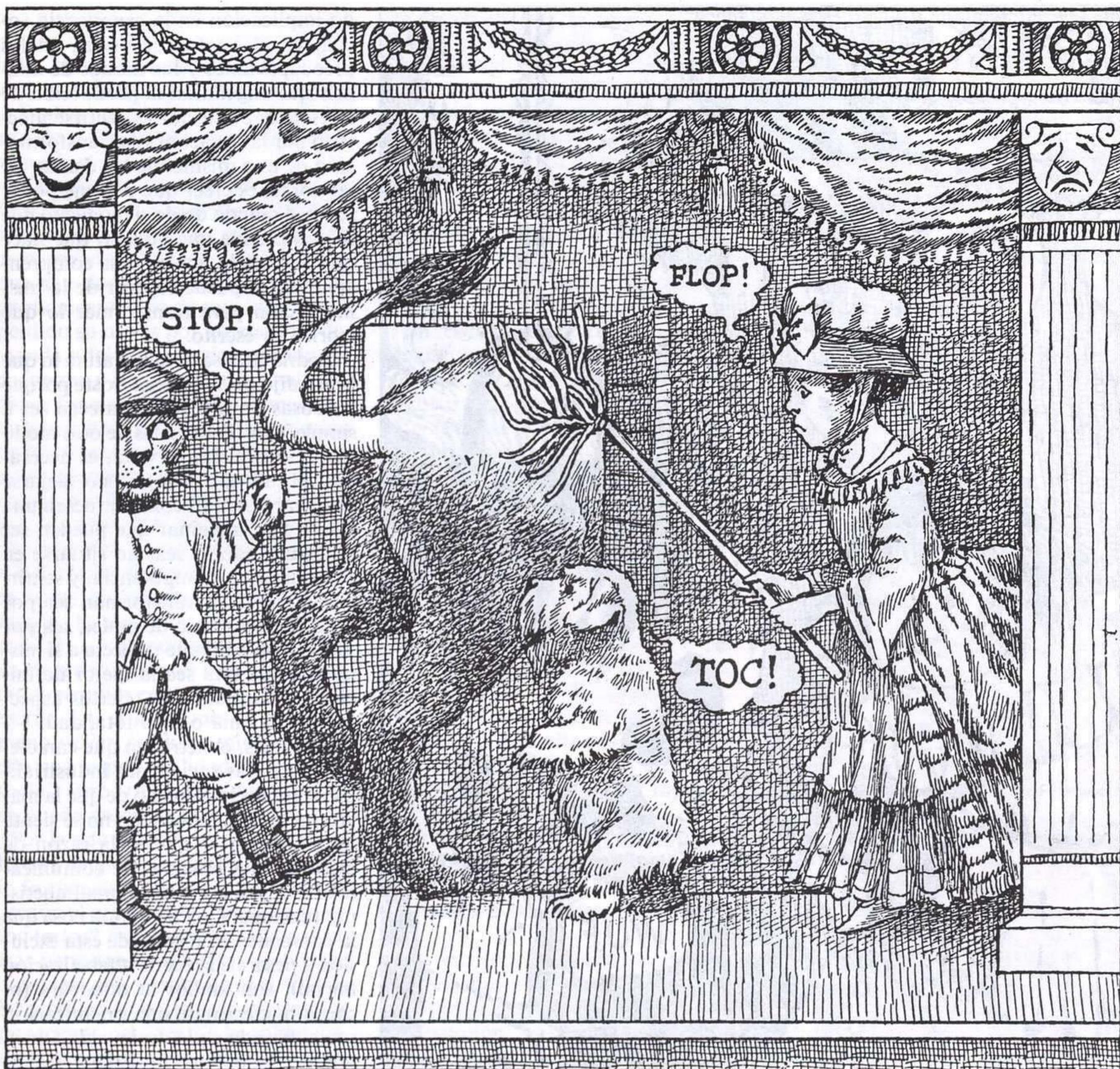
de pensamiento y, por ello, a encontrarse con lo escrito. Y es justamente ahí donde se efectúa la exclusión y la

génesis del no-lector, y no en una imposibilidad técnica, una falta de interés o de apetencia de leer, sino en una

no-implicación en la experiencia social, en el estatus de poder, en las preocupaciones y los modos de análisis que engendran la producción de lo escrito. Ser lector es sentirse afectado por la situación y la transformación de uno mismo, de los demás, de las cosas; es creer que se tiene poder sobre el mundo desde el momento que se comprende que aquello que hace que uno sea lo que es y esa comprensión, no se puede separar de la misma acción para transformar lo que teoriza lo escrito.

Podría decirse de la literatura lo que Marx dijo de la ciencia: existe porque las cosas no son como parecen ser a simple vista. Para verlas de otro modo que no sea a simple vista, es necesario, al mismo tiempo, no dejarse arrastrar por ellas como si fuesen una avalancha, imaginar que pueden ser de otro modo, o sea, no situarse en el fatalismo y la impotencia, y sentirse autorizado a transformar, sea por un estatus legítimo de poder, sea por una acción militante respecto a sí mismo (quizás ésta sea la mejor definición del autodidacta), ciertos aspectos del sistema o a su totalidad.

Así, pues, el iletrismo que caracteriza todas las sociedades industrializadas (es decir, el hecho de que la mayor parte de su población no se sienta implicada en lo que es la razón de existir de sus sistemas de comunicación escrita), así como el analfabetismo funcional (que no es otra cosa que la consecuencia técnica de esta exclusión a pesar de la fuerte alfabetización inicial), son ambos la otra cara (ni causa ni efecto) de una organización social basada en la desigualdad en el reparto del poder. Un sistema económico que reivindica, con Taylor, que «el buen productor deja su cerebro en el vestuario» y que exige la misma actitud en el consumo de los diferentes bienes y en la delegación y la personalización políticas, funciona al contrario de aquel que hace que todos los individuos puedan ser usuarios de lo escrito como instrumento del pensa-



MAURICE SENDAK. ALFAGUARA

miento y de la comunicación. En todo momento hay un encubrimiento del número de lectores y del número de actores sociales, tanto si éstos están en una situación dominante o en una transformación de las distintas formas de relaciones sociales existentes y de

sus consecuencias en el plano individual.

Remedios

Las prácticas actuales se apoyan prioritariamente en dos principios cu-

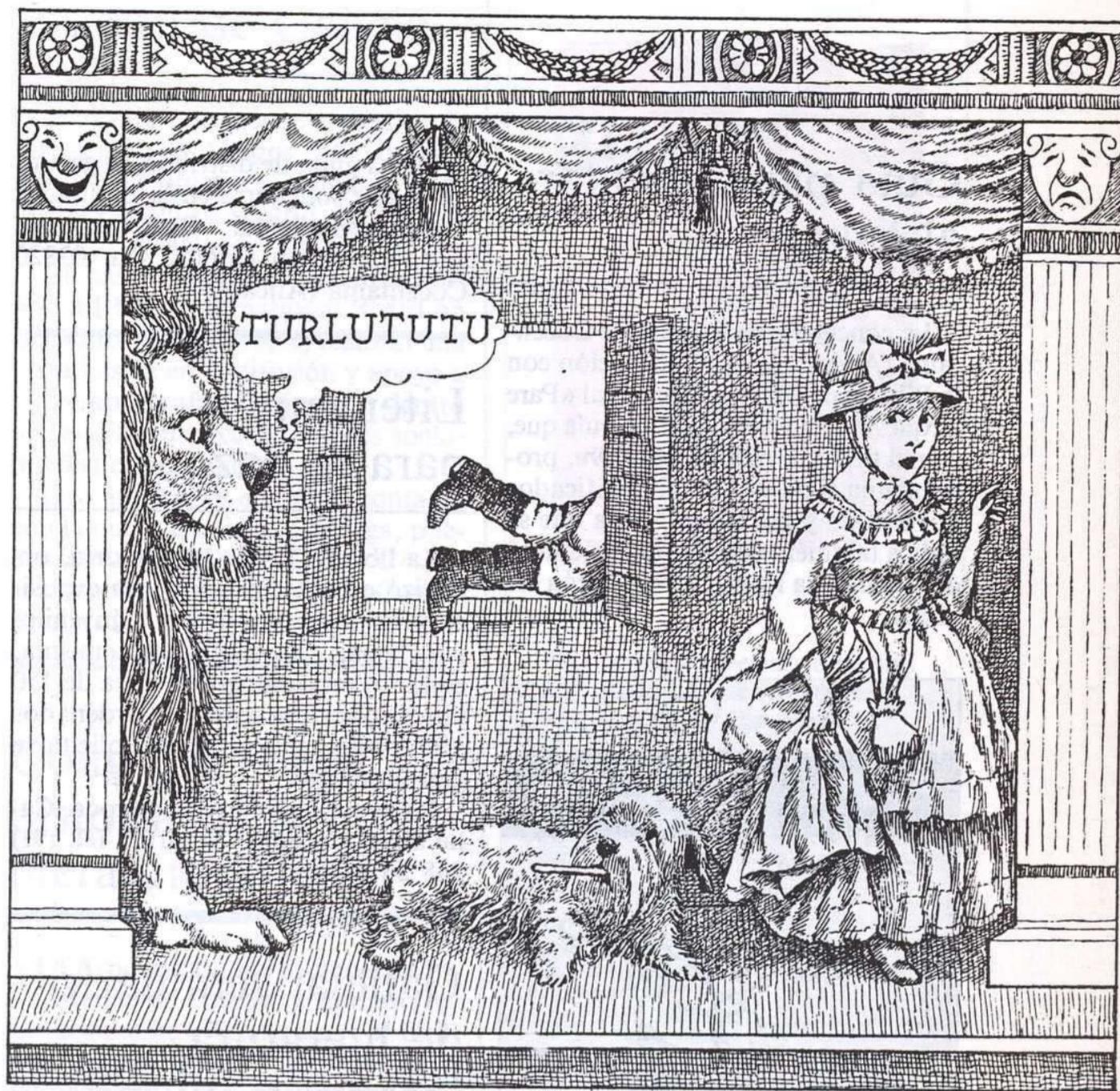
yas premisas nunca están explicitadas:

1. Asimilándolo al analfabetismo, se intenta limitar el iletrismo a una franja social al borde de la marginalidad. En 1979, el gobierno francés respondía a una encuesta de la UNESCO diciendo que no existían analfa-

betos en el país; después, las cifras aumentaron progresivamente hasta el 15% a costa de largas «negociaciones», aunque son cifras siempre explicables por circunstancias individuales: pobreza excesiva, mala escolarización, dificultades psicológicas... como una especie de restos bien diferenciados del sólido estado de lectura del 80% de la población. Lo que se pretendería demostrar es que la explotación y la desigualdad económicas no impiden una real repartición democrática de todos los demás bienes, excepto para una minoría a la que, por un deber de solidaridad, se debe proteger; ¿y por qué no con unas «bibliotecas del corazón»?

2. Las prácticas de lectura de los que leen y los escritos existentes no son cuestionados por ser como son, ya que caracterizan la minoría social que los realiza. Al contrario, todo pasa como si el estatus de lector, el modo de leer, el material a leer, las razones de leer, los efectos de leer, todo eso tuviese un sentido universal y un valor en sí mismo, para toda la eternidad y para todos los individuos. Nadie imagina que lo que hace de esto el apañío de una minoría es, precisamente, lo que excluye de ello a la mayoría. No se acaba de ver cómo la lectura y los escritos de los que leen podrían dejar de aparecer como el modelo que es bueno y deseable generalizar, puesto que es el modelo de los privilegiados actuales. Sin embargo, la lectura, como práctica social, es así porque es obra de quienes, al mismo tiempo, gracias a ella dominan, se identifican y se distinguen. Pensar su democratización como una ampliación que no transformaría su naturaleza no conduce más que a pastorales donde se agotan todas las acciones que no se enfrentan a las causas de la desigualdad social, de la que el iletrismo no es más que una consecuencia.

La criba entre lectores y no lectores recorta la división social entre el poder y la exclusión, entre las clases



MAURICE SENDAK. ALFAGUARA

dominantes y los que ejecutan. La lectura aparece así, en este enfrentamiento, como un instrumento de conquista, por otros actores, de un poder, mucho antes de ser un medio de ocio o de evasión. El acceso a la lectura de nuevas capas sociales implica que lectura y escritura se convierten en los instrumentos del pensamiento de una experiencia social renovada: supone la búsqueda de nuevos puntos de vista sobre una realidad más amplia que lo escrito ayuda a concebir y a cambiar, la invención simultánea y recíproca de nuevas relaciones, de nuevos escritos

y de nuevos lectores. En este sentido, uno se convierte en lector transformando la situación que hace que uno no lo sea. ■

Artículo publicado en *L'École et la Nation*, núm. 391, junio 1988.